

Quaderns (2009) 25, pp. 47-69. ISSN 0211-5557

CULTURA POPULAR, VIDA COTIDIANA Y MODERNIDAD PERIFÉRICA.

Eduardo Kingman Garcés
FLACSO-Ecuador

En este artículo me propongo analizar los cambios que se produjeron en la cultura y la vida popular en Quito en el último tercio del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Esto nos ayudará a entender la constitución de los sectores populares urbanos como sectores modernos en un contexto poscolonial, poniendo en cuestión cualquier visión estática y dicotómica. Los cambios en la cultura popular sólo pueden entenderse como parte de un proceso social más amplio y al interior de un campo de fuerzas.

Aún cuando el Quito del siglo XIX e inicios del siglo XX ha sido caracterizado como una “ciudad señorial” o “tradicional”, dado el peso de la estructura terrateniente, en su interior se estaban dando una serie de transformaciones en la economía, los sistemas de identificación y los comportamientos cotidianos.

Si bien la sociedad quiteña estaba fuertemente condicionada por el imaginario de la separación y por un sistema estamental y jerárquico, la lógica a partir de la cual se organizaba la vida cotidiana, era muchas veces la de la yuxtaposición de los distintos órdenes sociales. El mundo ciudadano en Quito, como en otras ciudades andinas, se sintió identificado con lo urbano y con lo letrado; sin embargo en la vida cotidiana los límites que separaban lo popular de lo no popular, lo urbano de lo no urbano, lo escriturado de lo no escriturado, eran, muchas veces, difusos.

En un país en el que los aparatos burocráticos del estado estaban poco desarrollados, la administración de las poblaciones pasaba por una red de relaciones personalizadas, que al mismo tiempo que reproducían las jerarquías, promovían la hibridación. Esto podría ser asumido como barroco, pero hay que entender el barroco, no tanto como un ethos común a una época, sino algo anclado en un campo de fuerzas y en una economía y una sociología política. El barroco se mostraba, sobre todo, en determinados espacios y de modo liminal, como el mercado, en los que se reproducía lo que Baktin llama el “espíritu de la plaza pública” (Baktin 1998)

Antes que de una “modernidad barroca”, resultado de un “encuentro civilizatorio” (Echeverría, 1994) deberíamos hablar de un *barroco popular* paralelo o yuxtapuesto a las formas de *cultura seria* del estado, la iglesia y las elites. Lo que se llamaba barroco americano en el siglo XVII, e incluso en los siglos XVIII y XIX, y una de cuyas mayores expresiones fue la religiosidad, sobrevivió y se reprodujo, como cultura popular, fuera de las esferas oficiales, hasta avanzado el siglo XX (y en parte hasta ahora). Podríamos decir que la virtud mayor de ese barroco fue la de permitir la circulación de elementos culturales entre los estratos bajos, medios y altos (Baktin 1992; Ginsburg 1982), algo distinto al proyecto republicano o ciudadano de los siglos XIX y XX, cuya característica básica fue la exclusión, a la vez que la imposición de criterios y valores.

Pese a los esfuerzos civilizatorios del estado y la iglesia, desarrollados desde la segunda mitad del siglo XIX y orientados a generar separaciones sociales y culturales, la cultura popular siguió teniendo un peso significativo en la vida cotidiana hasta avanzado el siglo XX. Cuando hablamos de cultura popular nos referimos a un espacio de producción, circulación y consumo que atravesaba a distintas clases, etnias y grupos sociales, aunque no necesariamente haya sido vivida del mismo modo por todos. A pesar de las fronteras étnicas, sociales y de género bajo determinadas circunstancias no sólo se daba lugar a la reproducción del espíritu de la plaza pública, sino que la gente reinventaba constantemente sus imaginarios y formas de representación, a partir de elementos tomados de dos y más mundos. Existían aún elementos de una cultura en común y, al mismo tiempo, distintas vivencias con relación a ella, de acuerdo a la posición que se ocupaba en el orden jerárquico. Por otro lado, se daba un proceso avanzado de extirpación cultural, que afectaba tanto a los sectores populares e indígenas como a sectores medios y de la elite. En la ciudad este proceso tomaba la forma del *ornato* (Kingman 2006).

La necesidad de marcar los espacios sociales y físicos a partir de criterios de *ornato*, distinción y decencia se hacía presente en todos los aspectos de la cultura ciudadana. Con la modernidad temprana se profundizaron los conflictos entre esa cultura y el mundo indígena y popular. Al mismo tiempo, como veremos en este artículo, la cultura popular tomó fuerza y significado.

Los ámbitos de la vida popular

Para entender el funcionamiento de la cultura popular tendríamos que comenzar definiendo cuales eran sus ámbitos. Lo que quiero plantear en este acápite es que en la medida que se trataba de una sociedad en movimiento esos ámbitos no eran fijos. Por

ámbitos entiendo tanto las actividades como los espacios donde se desarrollaba la vida popular, como los mercados, chicherías y cantinas.

Hacia finales del siglo XIX y hasta avanzado el siglo XX era factible caracterizar a Quito como una *ciudad de Antiguo Régimen*, tanto por el peso que tenía en ella el sistema de hacienda, como por su estrecha relación con el campo. Para muchos se trataba de una ciudad colonial, incluso conventual pero este tipo de caracterizaciones puede hacernos perder de vista los cambios que se estaban produciendo, a veces de manera imperceptible, en las relaciones sociales y en los tratos cotidianos, en las formas de gobernabilidad, los sistemas de representación y los imaginarios. Si se sigue la pista a esos cambios se podría decir que no sólo se estaba abriendo las puertas a una modernización y una modernidad incipientes, sino que en medio de ese proceso se estaba poniendo en cuestión el propio orden aristocrático. Me refiero tanto a las reformas, a veces imperceptibles, que se produjeron en el agro durante las primeras décadas del siglo XX y que de un modo u otro influyeron en la ciudad, como a la dinámica que fueron imprimiendo los nuevos sectores sociales en la vida de la urbe.

Si durante la primera mitad del siglo XX Quito era todavía una ciudad tradicional no se trataba de una sociedad estática¹ Una descripción de la ciudad hacia 1938, hecha por inmigrantes judíos, da pistas para entender el funcionamiento de una ciudad que sin ser industrial o moderna en el sentido de las europeas, mantenía una dinámica relacionada, en el caso de la descripción, con la vida popular. El texto es del año 1975:

“El que hoy en día llega a Quito por primera vez, difícilmente podrá imaginarse el encanto del pequeño centro colonial, tan alejado del mundo con su casi histórica vida sin apuros y empujones. Las montañas que rodean la ciudad, a la vez muro protector y corona natural, formaban el horizonte, al fondo de los callejones y pasajes ascendentes. Al mediodía los almacenes y oficinas cerraban por dos horas. Aparte de unas pocas fábricas textiles, aún sin importancia, prácticamente no existía ninguna industria, pero sí un sinnúmero de artesanos, carpinteros, zapateros, sastres y costureras, cerrajeros y mecánicos muy hábiles y capaces de reparar las cosas más viejas y desgastadas.”²

Se trataba, si seguimos esta descripción, de una ciudad en la que proliferaban los oficios con un sentido emprendedor y relativamente autónomo. Otras descripciones,

1 Nociones como la de ciudad de Antiguo Régimen o la de ciudad señorial puede conducirnos a pensar en una sociedad estática y de una total dependencia con respecto a las elites. Las indagaciones de archivo y los testimonios nos muestran que no fue así. En el caso de las ciudades de los Andes está pendiente un debate entre una visión monumental de su historia y una historiografía crítica que asume la ciudad como un campo de fuerzas.

2 El texto es de Arthur Weibauer y ha sido citado por Kreuter (1997: 56).

hechas en esos mismos años, muestran que Quito había incrementado su población y con ellos sus actividades, pero estas no estaban relacionadas con la industria. De acuerdo con datos del Ministerio de Trabajo, consignados por el salubrista Dimas Burbano (1937: 514) en 1934 -cuando Quito ya había entrado en una aparente modernidad- apenas el 7 x 1.000 de la población (1.222 personas) trabajaba como obrero industrial. Esto quiere decir que la clase trabajadora estaba formada por artesanos, servidumbre, vendedores ambulantes y puestos fijos en los mercados, peonaje urbano, antes que por obreros. Hacia 1937 los trabajadores industriales se habían duplicado, pero aún así su peso en el conjunto de la población ocupada seguía siendo poco significativo. Dimas Burbano utiliza, en este caso, un parámetro mucho más estricto que el acostumbrado para hablar de industria, ya que se refería únicamente a las fábricas, dejando de lado los talleres y las manufacturas.

En una ciudad de este tipo no se puede hablar de un espacio social uniforme, relacionado ni con la noción de “ciudad señorial” (tampoco con la de “ciudad moderna”). Si bien existía una tendencia a separar y a jerarquizar los espacios, de acuerdo a los criterios del *ornato*, el centro era todavía un lugar de usos múltiples y de disputas. Las fotografías de las primeras décadas del siglo XX, al mismo tiempo que muestran espacios diferenciados, marcados por el *ornato*, evidencian una fuerte presencia indígena y chola en muchas calles y en plazas centrales como Santo Domingo y San Francisco. Estamos hablando de un momento relativamente largo de permanencias y mutaciones culturales (con sus idas y venidas, retrocesos y avances, repeticiones y cambios) en los que la ciudad al mismo tiempo que intenta blanquearse, se mestizaba siguiendo los patrones del mundo andino. Las chicherías, por ejemplo, estaban presentes, como ámbitos de socialización indígena, dirigidos por mujeres, en zonas cercanas a lo que para ese entonces se consideraba el centro simbólico de la ciudad blanca. Aunque desde la segunda mitad del siglo XIX se habían dado disposiciones orientadas a su reubicación hacia la periferia³ eso no se cumplía necesariamente. Otros espacios de socialización en los que se desarrollaba un rico mundo popular eran las lavanderías y lavaderos de ropa, las hospederías, los puestos de venta de objetos “para indios y cholos”, los centros de diversión popular como las rifas, las peleas de gallos, los juegos de pelota. Además de las chicherías, las fondas y figones, espacios administrados principalmente por mujeres, había sitios que hacían de fronteras entre lo urbano y lo rural como los mercados, las

3 Una ordenanza de 1867 diferenciaba el monto del impuesto a las chicherías que se debía pagar en la ciudad (ochenta centavos) de los que se pagaba en las parroquias (cuarenta centavos). Además estaba prohibido vender chichas a tres cuadras de la Plaza Grande y se aumentaba en un centavo el impuesto por cada cuadra de cercanía a esa plaza. Ordenanzas de 1867, AHMQ (Archivo Histórico Municipal de Quito).

estaciones de ferrocarril, los puntos de entrada a la ciudad a los que llegaban los arrieros y más tarde el transporte motorizado de las provincias y las parroquias rurales.

En términos de su configuración social se podría decir que Quito se estaba modernizando, dando lugar a la formación de nuevos sectores sociales. Sin embargo se trataba de una modernización periférica que daba lugar a una condición poscolonial basada en la imbricación de antiguas formas de relación patrimoniales con modernas. De un lado había una servidumbre urbana provenientes sobre todo de las haciendas, a la que se sumaba un trabajo, en buena parte forzado, de las comunidades indígenas cercanas, que se ocupaba de las obras públicas, la limpieza de la ciudad, el cuidado de las acequias (en realidad se trataba de una prolongación de la mita urbana colonial en la República) y de otro lado actividades sociales independientes y semi-independientes, de origen rural relacionadas con el intercambio y el peonaje urbano.

En la ciudad existían muchas ocupaciones de estatus ambiguo que estaban relacionadas con la servidumbre pero conservaban un cierto nivel de autonomía. Me refiero a ocupaciones relacionadas con el servicio a las “casas”, como las de lavanderas, aplanchadoras, costureras, o a instituciones públicas, como las “sirvientas de hospital” y los “sirvientes del Municipio”. Se trataba de trabajos por los que se recibía un pago en dinero pero que en términos sociales ubicaban a quienes los hacían del otro lado de la frontera étnica.

Los grados de autonomía de estos sectores no provenían tanto de las ocupaciones como de la posibilidad de vivir o trabajar en espacios separados. Las lavanderas de El Censo y de la quebrada del Batán trabajaban para las casas de familia pero tenían la posibilidad de mantener cierta independencia con respecto a ellas, debido a que su labor se realizaba en espacios distintos del doméstico. E igual sucedía con las costureras que comenzaron a elaborar ropa barata para las capas populares. De acuerdo con el Censo de 1906⁴, el número de costureras (2.310) era bastante alto y denota la incorporación de la mujer del pueblo a los espacios abiertos por la incipiente modernización. Aunque los sectores populares buscaban vivir en “barrios separados” los grados de autonomía que habían alcanzado son difíciles de juzgar ya que se trataba de una sociedad corporativa basada en redes, lealtades y clientelas y en sistemas de trabajo y aprendizaje basados en relaciones personales. Esto no pasaba sólo con la servidumbre o con el peonaje urbano. Un aprendiz de sastre se sujetaba a la autoridad del maestro que lo acogía en su taller y algo parecido sucedía con el resto de oficios

4 AHM/Q, Censo de la población de Quito del 1 de mayo de 1906, Informe del Director General de Estadística, 1906.

Los artesanos estaban agremiados y aunque ya se había dado una diferenciación de los oficios, como acertadamente señala Luna (1989), no se habían roto todos los lazos de dependencia recíproca que unían a maestros, oficiales y aprendices. Me refiero a una dependencia práctica, propia de la organización manual del trabajo, pero también a elementos de una cultura en común, sentidos, gustos comunes. Aunque desde las primeras décadas del siglo XX los trabajadores buscaron formas de organización autónomas, como los sindicatos, diferenciados de la organización gremial, se daban una serie de lazos corporativos que iban más allá de las diferenciaciones sociales y de intereses en el interior de los gremios.

La vida de los gremios en el siglo XIX e inicios del XX estuvo estrechamente relacionada con la organización de la policía. Por decreto ejecutivo del 1 de septiembre de 1884⁵, la Intendencia de Policía debía llevar un registro de todos los individuos varones de 18 a 60 años de edad, nacionales y extranjeros que aprendían o ejercían un arte o profesión. La acepción de gremio y agremiación era bastante amplia ya que estaba relacionada con el desarrollo del sentido corporativo en todas las esferas de la vida social. Se entiende que la “sociedad” y el estado se relacionaban con esas corporaciones, debidamente organizadas; éstas servían, a su vez, de mediadoras en las relaciones entre los individuos. En principio, los miembros de los diferentes gremios artesanales tenían la obligación de reunirse anualmente en la intendencia de cada cantón para nombrar a sus maestros mayores. Entre los gremios convocados por la Intendencia de Guayaquil en el año de 1884⁶ estaban los de los panaderos, zapateros, talabarteros, sastres, encuadernadores, albañiles, aserradores, calafates, tintoreros, caldereros, fundidores, herreros, maquinistas, cigarreros, hojalateros, colchoneros, fotógrafos, grabadores, marmolistas, pintores, gasfiteros, toneleros, bauleros, peluqueros, plateros, sombrereros, relojeros y tipógrafos. Como se puede ver se trataba de una serie de oficios algunos de los cuales estaban directamente relacionados con la modernización de la sociedad.

La policía a la vez que promovía la organización gremial, garantizaba su funcionamiento interno. Se sabe que los maestros de los gremios debían registrar a sus agremiados en la policía. Ésta, además, intermediaba en sus conflictos internos, avalizaba el nombramiento de sus directivos. Así, por ejemplo, Se normaba el trabajo de los aprendices de modo que ningún oficial o aprendiz menor de edad pudiera pasar de un taller a otro sin permiso de sus padres o guardadores. Muchos menores eran reclutados para trabajar en casas, bodegas, almacenes como sirvientes o en talleres, curtiembres, panaderías como aprendices. De acuerdo con denuncias presentadas en las comisarías,

5 AHM/Q, Informe del Ministerio de lo Interior, 1884.

6 Archivo del Palacio Legislativo, Quito (APL/Q), Informe del Intendente de Policía al Ministro del Interior, 1884.

la mayoría de menores venían del campo y ciudades de provincia y eran traídos con engaños y ofrecimientos. En otros casos eran entregados directamente por sus padres a los maestros de taller. Los menores se alojaban en los talleres pero no recibían nada a cambio, fuera de la alimentación. La utilización de un número grande de aprendices era una de las bases de la organización del trabajo y de la ganancia en los talleres artesanales y manufactureros. Al revisar los documentos de la Intendencia de Policía se puede observar, sin embargo, que los menores tendían a escapar de ese régimen, fluctuando, al igual que el resto de la población popular, de una a otra ocupación.

Las disposiciones policiales estaban dirigidas, además, a garantizar el cumplimiento de las obligaciones de los artesanos, debido al carácter relativamente autónomo de su actividad que les hacía disponer de su tiempo de modo autárquico. Una de las contravenciones más frecuentes, juzgada por los comisarios de policía, era la de incumplimiento de obra, sobre todo en épocas de festividades. No es que no existieran disposiciones de contratación sino que no se las cumplía. Es por eso que, dentro de los propios gremios, se establecían criterios morales, dirigidos a defender su prestigio, a la vez que su disciplina interna, basados en la honradez y el espíritu del trabajo del artesano; esto permitía diferenciar a los buenos artesanos de los malos. La Policía, al igual que la Iglesia, avalaba la acción moralizadora de los gremios. Sin embargo, tal como ha mostrado Luna (*Ibid*), a inicios del siglo XX se comenzó a vivir el descalabro de las formas de organización gremiales, las mismas que irían siendo sustituidas tanto por las sindicales como por las organizaciones informales. Se trataba de un largo proceso de disolución de los talleres artesanales tradicionales como resultado del desarrollo de las manufacturas y de las fábricas, así como de la entrada de productos importados, de menor precio y mayor variedad, en el mercado.

En realidad desde finales del siglo XIX buena parte de la actividad artesanal escapaba del control de los gremios, no sólo por los procesos de diferenciación internos sino porque la mayoría de los nuevos artesanos no estaban agremiados (muchos venían de otras poblaciones y se instalaban al margen de los gremios) o formaban parte de esa infinidad de personas sin oficio fijo que se veían en la necesidad de “saber de todo” y “hacer de todo”, fluctuando de una a otra ocupación y a los que muchas veces resultaba ventajoso contratar.

Los trajines callejeros

Un mundo más fluctuante era el de los trajines callejeros; aparte de las vendedoras y vendedores con puestos fijos en los mercados y tiendas, había un grupo numeroso de

regatonas que se movía por toda la ciudad con sus productos. Se trataba de un comercio ambulante de productos agrícolas, leña, ropa, alimentos preparados. Buena parte de ese comercio provenía de los pueblos y comunidades de indios cercanos a la urbe, pero también de indígenas y mestizos urbanos entre los cuales ocupaban, como ya se dijo, un lugar destacado las mujeres⁷. A más de esto estaban los hornos de pan, los lugares donde se preparaban y vendían las chichas, las picanterías, las traperías y cachinerías. El Aguarico era conocido por sus chicherías mientras que la calle Chile era el lugar de las traperías y cachinerías.

Todo hace pensar que el comercio popular imprimía una dinámica paralela a la ciudad y que esa dinámica no necesariamente se oponía a la del comercio formal. La parte del comercio fijo que funcionaba en pulperías, abarrotes, barracas, cajones estaba, a su vez, estrechamente vinculado con el ambulatorio. Pero no sólo se trataba del comercio popular, ya que también las casas de comercio estaban relacionadas con el comercio al detalle. Justamente en los albores del primer centenario de la Independencia (1922) hubo un debate sobre si se debía permitir o no que las buhonerías sigan manteniendo sus pequeños negocios en la Plaza Grande. En el debate se mostraba que ellas respondían a la dinámica de los almacenes y comercios formales, lo cual era parcialmente cierto. A esta dinámica callejera habría que sumar la de los arrieros, cargueros y carreteros, que facilitaban el intercambio de productos entre distintas la ciudad y el campo y en la misma ciudad. Ni siquiera con el ferrocarril, el tranvía y, más tarde, con la introducción de transporte motorizado, éstos desaparecieron del todo.

Sería equivocado decir que no se reproducían las fronteras entre la población indígena y la blanco mestiza -aspecto en el que acertadamente pone énfasis Guerrero (1991)-, pero, a diferencia del campo, la ciudad se caracterizaba por un flujo constante de gente, productos, personas e información, lo que imprimía un ritmo distinto a las relaciones cotidianas. El comercio, en particular, introducía una dinámica de tratos y relaciones diferentes a los que se daban en las zonas rurales. La ciudad estaba llena de pequeños negocios instalados en los bajos de las casas. Hacia el año 1912 se registraron 1.394 casas y 2.400 tiendas en 358 cuadras de Sur a Norte, y 1.140 casas y 1.729 tiendas en 310 cuadras de oriente a occidente.⁸ Es cierto que de las 4.830 tiendas que tenía la ciudad un buen porcentaje de ellas servían de cuartos de inquilinato, pero otro tanto

7 Todavía en 1960 Telmo Paz y Miño (1961,30) podían hablar de que “los barrios suburbanos (El Inca, Chaupicruz, Guápulo, La Magdalena) y los pueblos satélites (Cumbayá, Tumbaco, Cotocollao) proporcionan a la ciudad una gran parte de los productos de consumo diario, como legumbres, hortalizas, grasas y cereales.”

8 Archivo Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Polit (AB/AEP), Fondo General. “Cuadro demostrativo de calles, casas y tiendas de Quito” elaborado por el comisario municipal Manuel Endara, Diario El Comercio, 21 de septiembre de 1912.

estaba destinado al comercio o a talleres o, simplemente, a uno y otro uso. Se decía que “tras de la tienda siempre había una trastienda y tras de cada patio un traspatio”⁹. Esto estaba relacionado con la yuxtaposición de usos y actividades en un mismo espacio.

Un rubro importante del comercio y que generaba una fuerte movilidad dentro del mundo popular era la carne. El faenamamiento de animales en mataderos públicos buscaba garantizar su calidad, pero también el cobro de tasas por parte del Municipio. Las carnicerías funcionaban tanto en la zona urbana como en las parroquias. Uno de los pedidos que hacía el Intendente de Policía al Ministro del Interior, en el año de 1917¹⁰, era la presencia de celadores en el matadero, con el fin de evitar los escándalos y los abusos de los introductores de ganado. De acuerdo al mismo documento, sin la presencia de ellos sería imposible conservar la disciplina en los mataderos. El impuesto “de Rastro” se cobraba –de acuerdo a un documento de 1884 - tanto en Quito como en las parroquias de Santa Prisca, Guápulo, Magdalena y Chimbacalle.¹¹ Estas parroquias tenían una fuerte composición indígena. De acuerdo con disposiciones que no siempre se cumplían, nadie podía despostar ganado sin conocimiento del teniente político, ni se podía vender la carne fuera de la población, a no ser que se la trasladase en carretas. Lo más frecuente era llevar el ganado en pie hasta los mataderos de la ciudad. Los llamados introductores de carne eran, generalmente, mestizos que recorrían los campos comprando y revendiendo en Quito, pero es muy probable que en ese negocio hayan participado algunos indígenas.¹²

La ciudad era, además, como ya vimos, refugio de la gente jornalera, a medio camino entre el campo y el trabajo asalariado urbano. Los indígenas acudían a la ciudad por temporadas a trabajar como peones en las construcciones y obras públicas, o como cargadores. En “oficios de indios”, como se decía de manera naturalizada. Algunos de ellos habían sido incorporados a la ciudad o estaban en proceso de serlo, pero sus costumbres y formas de vida tenían aún mucho de campesinas. Al revisar el cuadro de contraventores de la ciudad de Quito en 1899¹³ uno se topa con un grupo numeroso de jornaleros (1.285) al que habría que sumar muchos de los que constan en el cuadro como agricultores (148). Se puede ver que en ese cuadro no constan obreros manufactureros y menos aún fabriles aunque sí artesanos.

9 Testimonio de Nicolás Kingman Riofrío. Agosto de 2005

10 APL/Q, Informe del Intendente de Policía al Ministro del Interior, 1917.

11 AHMQ, Oficios y solicitudes, vol. 00225, folio 83 y ss.

12 El control del rastro estaba también relacionado con el abigeato. Era práctica común entre los abigeos, mas frecuentemente llamados cuatrerros vender el ganado en lugares lejanos para que fuesen despostados, y así no dejar huellas.

13 APL/Q, Informe del Ministro de lo Interior y Policía, 1899.

Es verdad que en la ciudad se reproducían las fronteras étnicas, pero sus condiciones no eran las mismas que las de la hacienda. Con esto no me aventuro a decir que hayan sido mejores o peores, sólo que eran distintas. La ciudad permitía, aún en el contexto de un sistema de relaciones y valores estamentales y jerárquicos, una cierta movilidad social y cultural. Aunque lo dominante era la oposición binaria que separaba lo blanco de lo indio, lo negro y lo cholo, en la vida social existían muchos procesos dinámicos. Dentro del mundo popular había lugar para una gran variedad de ocupaciones y oficios que se generaban como parte de una división del trabajo que se desarrollaba más en extensión que en profundidad (Kingman 2006). Ejemplo de esto último fue el desarrollo de las confecciones populares, el calzado popular y la juguetería de madera y hojalata entre los años treinta al cincuenta del siglo XX. Estas ocupaciones respondían a una creciente demanda, orientada hacia nuevos consumos populares; quienes las realizaban no eran necesariamente las industrias sino costureras, carpinteros, zapateros y otros artesanos individuales o como parte de empresas informales domésticas. Dentro de los sectores subalternos existían diferencias de acuerdo con sus actividades, así como por su ubicación en el campo social y su condición de género: no era igual la situación de un indígena, un mestizo o un blanco venido a menos, o de un hombre y una mujer, aunque tuvieran igual fortuna. Los sectores populares se diferenciaban tanto por sus oficios como por su adscripción étnica o racial (el oficio de maestro albañil, por ejemplo, era propio de indios, mientras que los panaderos o los peluqueros eran, por lo general, mestizos, igualmente la servidumbre estaba formada sobre todo por mujeres) Otro elemento que diferenciaba a los sectores populares era su mayor o menor grado de autonomía con respecto a las elites.

La disponibilidad de fuerza de trabajo fue uno de los requerimientos para la modernización de la ciudad pero existía una contradicción entre esos requerimientos modernos y las formas poco modernas de utilizar la mano de obra. El problema no era sólo el concertaje, que sujetaba a la población indígena a las haciendas, sino la creciente oposición de esa población a someterse a realizar trabajos fuera de su voluntad. Existía una dinámica de trajines e intercambios en la que esa población de los alrededores de Quito estaba inserta desde la colonia (Minchom 2007) y que se veía alterada por las crecientes demandas urbanas que generaba la modernidad.

No sólo la ciudad sino los particulares se veían afectados por la falta de mano de obra. En Guayaquil ese servicio había sido modernizado gracias a las agencias de colocaciones que funcionaban en coordinación con la Policía, mientras que en Quito esto seguía dependiendo de redes, clientelas y relaciones personalizadas, algo que en la primera mitad del siglo XX había entrado en crisis debido al crecimiento de la urbe y al incremento de las personas desconocidas y poco conocidas en búsqueda de

trabajo. Se suponía que el arrendamiento de servicios de nodrizas, cocineras, lavanderas, muchachas de mano, pajes, cocheros, debía de ser normado por la Intendencia, lo cual generalmente no funcionaba.

En principio, no sólo los gremios sino los domésticos debían inscribirse en la Policía. Se trataba de que estos servicios fuesen registrados en un libro especial que constaba en la oficina de investigaciones y de pesquisas. Uno de los objetivos de esa disposición consistía en precautelar a los ciudadanos de los “falsos sirvientes”. El crecimiento de la ciudad como resultado de las migraciones daba lugar al apareamiento de sectores sociales e individuos de difícil clasificación, que no entraban en los parámetros de la antigua sociedad patrimonial. Eran los llamados vagos y sospechosos. Al contrario de lo que generalmente se piensa el proceso de arribo a la ciudad de individuos “inclasificables” comenzó ya en el último tercio del siglo XIX. Entre los contraventores calificados por las comisarías de Quito en el año de 1899 constan 128 vagos y 114 sospechosos. Igualmente se registran 119 menores extraviados¹⁴. Sólo en ese año fueron entregados por los comisarios 71 menores: 51 a talleres y 20 a casas particulares (de estos 29 eran mujeres)¹⁵. La dinámica que llevaba a la persecución de vagos, sospechosos y menores descarriados no era tanto el disciplinamiento, necesario para la industria, sino la desconfianza social.

La vida popular urbana se mueve en estos espacios contradictorios, de sujeción y autonomía y es en medio de eso donde se desarrolla su cultura.

Los espacios de trabajo y de habitación

Buena parte de la gente del pueblo y de los sectores medios (maestros y maestras de escuela, empleados de comercio y de la administración pública, estafetas de correos) habitaba –según sus posibilidades– en una, dos o tres cuartos en las casas del actual centro histórico. Existía una suerte de estratificación en el interior de las casas de acuerdo al mayor o menor número de piezas que ocupaba una familia, el grado de iluminación, su ubicación dentro del espacio interior, pero sobre todo por el nivel de decencia de los ocupantes.¹⁶ Aún cuando muchas de las familias acomodadas comenzaron a mudarse del centro convirtiendo sus antiguas moradas en casas de inquilinato,

14 AB/AEP, Fondo General. Nómina de los contraventores calificados por las comisarías en el año de 1899. En Informe del Ministro del Interior y Policía al Congreso Ordinario de 1900. Quito, Imprenta Nacional.

15 AB/AEP, Fondo General. Cuadros de los menores entregados a los comisarios durante el año de 1899. En Informe del Ministro del Interior y Policía al Congreso Ordinario de 1900. Quito, Imprenta Nacional.

16 Sobre la noción de decencia y su relación con el espacio, ver Marisol de la Cadena, 2004.

las que no lo hicieron, o no pudieron hacerlo, evitaron llenar sus casas de desconocidos, optando por arrendar piezas (en lo posible) a “gente decente”.

En esas mismas casas habían sido instaladas tiendas de comercio, talleres y pequeñas industrias domésticas como las panaderías. Como señalaban algunos informes de la Dirección de Higiene Municipal¹⁷, se trataba de locales improvisados, poco apropiados para tareas artesanales o para la elaboración de comestibles como el pan. Debido a la estrechez de los locales buena parte de los artesanos se veía obligada a utilizar la calle o a invadir los patios interiores y corredores para convertirlos en lugares de trabajo; pero esos espacios eran, al mismo tiempo, los del vecindario, donde jugaban los niños, charlaban los mayores y se tendía la ropa.

Aunque había diferencias en los niveles de ingreso y de prestigio entre los habitantes de esas casas, se veían obligados a compartir muchos aspectos de su cotidianidad. No me refiero a relaciones idílicas sino a formas de organización del espacio social propias de las casas de vecinos en una época determinada. Es posible que el sentido de la privacidad y de separación con respecto al otro haya sido mucho menor que en el presente pero eso daba lugar a un control más directo sobre la vida personal. Muchas de esas casas eran verdaderas laberintos. Los médicos higienistas y los publicistas de la primera mitad del siglo XX se empeñaban en pintarlas como lugares oscuros y sucios. No contamos, sin embargo, con la memoria de la gente que pobló esos espacios.

“Las fondas, figones, cantinas, chicherías, cafés, sitios de refrescos y otros establecimientos de fabricación o expendio de alimentos destinados al consumo inmediato constituyen la parte más difícil con que tropieza la Oficina de Sanidad. La mayor parte de estos establecimientos, en especial los figones, son cuartuchos oscuros, casi sin ventilación, húmedos, con pisos en deplorables condiciones.”¹⁸

Muchos de los talleres, panaderías, tiendas de abarrotes eran, como ya señalé, lugares de habitación. Un cuadro del Instituto de Previsión Social, del año 1937 muestra que el 60% de las familias se alojaba en una sola pieza, de las cuales el 21% no tenían revestimiento y un 30% carecía de ventilación, acceso libre al agua y servicios higiénicos.¹⁹ Los

17 Ver AB/AEP, Fondo General, “Informe General de Higiene Urbana”, en *Boletín Sanitario*, Quito, Imprenta Nacional, 1925.

18 *Ibid.*, pp. 65.

19 AB/AEP, Fondo General, “Estudio numérico y económico de la población de Quito efectuado por el Departamento Médico del Instituto Nacional de Previsión Social, en colaboración con la Oficina de Higiene Municipal”, en Instituto Nacional de Previsión. Boletín del Departamento Médico Social, Quito, Marzo de 1937, pp. 10.

higienistas veían en el estado de los alojamientos una de las causas del debilitamiento de la *raza*.

“El estado de suma pobreza en que se encuentran las masas del pueblo, cuyas familias se hallan hacinadas en habitaciones húmedas, oscuras y estrechas, familias que viven, en muchas ocasiones en una sola pieza, que al mismo tiempo sirve de cocina y dormitorio”²⁰.

Promedio de habitaciones por familia

| | |
|-------|-------|
| En 1 | 60,1% |
| En 2 | 13,6% |
| En 3 | 7,1% |
| En 4 | 4,7% |
| En 5 | 3,4% |
| En 6 | 3,1% |
| En 8 | 3,6% |
| En 10 | 4,4% |

Fuente: Estudio numérico y económico de la población de Quito, Departamento Médico del Instituto Nacional de Previsión Social, marzo de 1937

Un porcentaje alto de piezas no tenía ventanas, debido a que eran el resultado de la subdivisión de habitaciones más grandes. La mayoría de lugares de venta y fabricación de productos como el pan eran oscuros, sin ventilación y con los pisos de tierra. En cuanto a la servidumbre buena parte de ella carecía de un lugar propio, en muchas ocasiones inclusive no contaba con un espacio definido dentro de la casa de sus patronos: “dormía donde podía”. Pero esto pasaba también con los oficios (por ejemplo en algunas panaderías los aprendices descansaban en una tarima junto al horno o en pequeñas habitaciones que servían a su vez de bodegas). Otra parte de la población de la ciudad vivía, en realidad, en los pueblos y comunidades cercanas. Cuando se quedaba en Quito pernoctaba en los zaguanes de algunas casas, en barrios populares como San Roque²¹.

A partir de la segunda década del siglo XX se fueron formando asentamientos populares “de nuevo tipo” denominados “barrios obreros”, como Chimbacalle, el

20 AHM/Q, “Labores de la Oficina”, en Gaceta Municipal, Quito, julio y agosto, pp. 310.

21 Testimonio de don Nicolás Pichucho, dirigente histórico del Gremio de Albañiles de Quito, agosto de 2004. Recogidos por Eduardo Kingman en enero de 1999, agosto de 2004 y enero de 2006.

Aguarico, la Colmena, pero que, en realidad, agrupaban tanto a obreros fabriles como a empleados de comercio, artesanos, trabajadores independientes, negociantes y “negociantes”, maestros albañiles. Muchos barrios, como San Juan, el Aguarico, se fueron construyendo a lo largo del tiempo con base en el esfuerzo de la gente y a mingas. Entre los habitantes de los barrios populares se desarrollaba un fuerte sentido de localidad o de pertenencia. La mayoría estaba adscrita a un santo patrono y celebraba sus fiestas. El año de 1928 el Concejo Municipal reglamentó la formación de barrios nuevos, pero un control más o menos efectivo de esas urbanizaciones no fue posible, sino muchos años más tarde y por un tiempo relativamente corto (hasta la década de 1960, cuando comenzó un nuevo ciclo de expansión de la ciudad). En una declaración municipal de 1939 se decía que el problema de los barrios nuevos venía de tiempo atrás.

“El error es el de haber permitido la formación de barrios nuevos, sin sujeción a un plan científico de urbanización y la ninguna exigencia para con los empresarios que se contentaron con dividir terreno por medio de calles aún más estrechas que las de Quito Colonial, dejando al Concejo las obras de urbanización correspondientes, lo que tuvo por fuerza, con el paso de los años, que pesar gravemente sobre los intereses de la ciudad”²².

Los barrios populares que se fueron formando en Quito carecían de servicios básicos como canalización y agua potable, así como de escuelas, espacios destinados a plazas. Los ubicados en las partes altas como la América, el Dorado, el Panecillo se convertían —de acuerdo a la percepción de los años cuarenta— en focos de infección desde donde corrían los deshechos y las aguas servidas que invadían las partes bajas de la ciudad. En realidad pestes como las de la tifoidea no hubieran podido ser enfrentadas sin la organización de la gente de los propios barrios²³. Hacía los años treinta los objetivos salubristas ya habían sido incorporados a la vida popular. Eso permitió ampliar la acción del estado, en momentos en los que los recursos eran escasos. La mayoría de los barrios nuevos eran el resultado de lotizaciones hechas por los dueños de haciendas y de fincas, con el mínimo inversión, obedeciendo más a un sentido rentístico que empresarial. Un registro de 1961 decía que:

“los sectores populares se ubican en los llamados barrios de las colinas, en calles estrechas, mal trazadas, sin pavimento. Las casas de uno o dos pisos de apariencia modesta o pobre” (Paz y Miño, 1960: 27)

22 AHM/Q, Gaceta Municipal, febrero de 1939.

23 Diario Ultimas Noticias, 24 de Junio de 1940, pp. 8

Lo más importante en términos de cultura popular era, en todo caso, el que se formen estos barrios. A partir de ese momento la ciudad fue concebida como un espacio dividido entre el sur y el norte y con culturas separadas. Este fuerte sentido de separación marca el imaginario de la ciudad hasta el presente.

La cultura popular en la modernidad temprana

¿Cómo se estructuraba la cultura popular en la modernidad temprana? Por un lado había una cierta diferenciación entre una *cultura popular letrada* y la del resto del pueblo. A eso había contribuido la escolarización de los hijos de los artesanos y obreros fabriles, así como las escuelas de artes y oficios, incluidas las de mujeres (Goetschel, 2007). Se trataba de una diferenciación entre trabajadores urbanos y rurales, calificados y no calificados, que se había ido generando en el largo plazo, pero que se había profundizado con la escolarización y la incorporación de una parte de los sectores populares como ciudadanos. Por otro lado, y a pesar de las fronteras étnicas y sociales, continuaron existiendo muchos espacios compartidos dentro de la vida popular (me refiero a los sectores subalternos, ya sean indios, negros, mestizos, blancos pobres, mujeres y hombres), relacionados tanto con el trabajo y los trajines en calles, ferias y plazas, como con las fiestas religiosas y mundanas. Estamos hablando de una sociabilidad común y espacios donde ésta se expresaba, prácticas de intercambio, consumos culturales comunes, costumbres similares, una religiosidad popular paralela a la religiosidad seria. Incluso las élites sociales y culturales no eran ajenas a compartir ciertos códigos culturales que en términos generales podríamos llamar barrocos, aunque, lógicamente, al mismo tiempo estaban apuntando hacia un proceso de distinción y separación social.

Me da la impresión de que en medio de los cambios provocados por la primera modernidad la vida popular se agrupaba, en buena medida, aunque no exclusivamente, dentro de lo que podríamos denominar cultura callejera o inclusive *muchedumbre*. Esta noción nos remite a la idea de mezcla, o de tendencia a la mezcla, al mismo tiempo que a la idea de flujo. Aún cuando buena parte de la población seguía siendo parte de una “casa” o de una empresa (tenía la calidad de “propia”, un término hiriente que utilizaban las élites para referirse a sus subordinados)²⁴, existían muchos sectores en “condición fluctuante”. Bajo esa situación se daba la posibilidad de que un individuo pase de un estado a otro. Larissa Lomnitz-Adler (2001) hablaba, refiriéndose a la

24 Testimonio de Nicolás Kingman Riofrío. Quito, agosto de 2007.

ciudad de México, de “cazadores recolectores” a la caza de oportunidades. Los estudios sobre la clase obrera inglesa en los siglos XVIII y XIX dan cuenta de situaciones semejantes, donde no existe una separación tajante entre la casa, el taller, el vecindario así como entre lo público y lo privado. Las posibilidades de vida popular dependían de su inserción en redes que incluían tanto a pares como a no pares.

El flujo de una ocupación a otra, de una situación a otra respondía tanto a condiciones económicas como sociales. Un panadero o un carpintero podían cambiar de oficio o pasar temporalmente a la desocupación. Las personas se movían en el interior de espacios de relaciones e intentaban ir de un círculo a otro, dentro de situaciones inestables. Al mismo tiempo esa inestabilidad laboral provocada por la modernización periférica podía ser percibida como una virtud, ya que era expresión de cierta autonomía. Lo más seguro era el mundo de las casas, mas esa seguridad era a su vez un peso muerto: carecía de futuro.

La revolución liberal provocó movilidad. Muchos hombres del pueblo fueron incorporados a las fuerzas militares conservadoras y liberales, las mujeres se desplazaron con las tropas, alimentando a sus críos como podían. Manuel Terán, panadero, formó parte del grupo de montoneros detenidos en el penal durante las luchas alfaristas. Rafael Torres, zapatero, fue elevado al rango de teniente por el propio Alfaro, pero no por eso abandonó su oficio²⁵. En el año 1916 fue acusado de robo pero aun cuando admitió haberlo hecho pensaba que fue algo ocasional²⁶.

Buena parte de los quiteños venía de afuera, sobre todo de las parroquias y ciudades cercanas. Las ocupaciones eran variables, así como sus lugares de residencia. Muchos tenían doble domicilio, en la ciudad y en su lugar de origen. Los que no formaban parte de la servidumbre de las casas cambiaban fácilmente de ocupación. Muchos inclusive pasaban de la legalidad a la ilegalidad y viceversa con relativa facilidad. Entre los detenidos por la Policía por pequeños actos delictivos muy pocos se declaraban vagos. Mercedes Díaz soltera, nacida en Carapungo y residente en Quito, de oficio cocinera, no tenía problemas en ocuparse como *descuidera* cuando se presentaba la ocasión. El 1 de diciembre de 1913 entró a comprar a la carnicería de Tránsito Páez ubicada en la calle Colombia y al ver que no se encontraba nadie en la tienda tomó para sí una suma de dinero. Pero el dinero sustraído “también me robaron el mismo día porque estuve bebiendo en una cantina de San Blas y me había quedado dormida y me habían sacado la plata del seno”²⁷. Andrés Simbaña, nacido en Calderón pero residente en Cumbayá y

25 ANH/Q (Archivo Nacional de Historia, Quito), Intendencia de Policía, documentos sin clasificar.

26 *Ibid.*

27 ANH/Q, Intendencia de Policía de Pichincha, documentos sin clasificar.

ocasionalmente en Quito, de oficio comerciante, se hizo de dos vacas que “encontró en el camino de Amaguaña” y las llevó a vender en la Capital²⁸. Las personas se movían en espacios informales. Esto no quiere decir que no existieran soportes: en primer lugar el de la familia, la comunidad, el barrio, pero también el de las casas. No se trataba de una muchedumbre anónima y sin lugares de anclaje, sino de desplazamientos en distintas direcciones y a partir de ejes.

Vivir en la ciudad implicaba moverse en redes, algo que no siempre era posible para un campesino recién llegado a la ciudad. Este podía formar parte de las redes que servían en los mercados o en la estación del tren en Chimbacalle, o incorporarse como cargador en un molino. ¿Pero qué posibilidad tenían de insertarse en las redes que ocupaban un lugar más alto dentro de la estratificación social como las de los aprendices de sastres, los obreros calificados de las empresas textiles, los dependientes de almacenes y empleados de comercio?

En la vida cotidiana de la primera mitad del siglo XX se daba una tensión entre una sociabilidad popular con la que muchas veces se veía comprometida la elite y los sectores medios y una necesidad moderna de excluirla y al mismo tiempo disciplinarla. No hay que perder de vista que existía una cultura hegemónica cuyo peso se expresaba al momento de las “decisiones nacionales” así como en la diferenciación entre lo público y lo no-público. Se trataba de sentidos incorporados relacionados con la decencia y el buen gusto, que condicionaba al conjunto de la población, pero estos se veían matizados en la vida cotidiana por otros elementos, provenientes de una cultura popular tradicional, que se desarrollaba sobre todo (aunque no exclusivamente) en el interior de los sectores populares. Lo público concebido como lugar de todos era y es una ficción. No existía ni existe, más que como representación relacionada con los espacios y símbolos patrios o los símbolos religiosos²⁹.

Se podría decir que se vivían procesos contrapuestos. Por un lado existían puntos de encuentro y por otro de diferenciación. La propia elite había contribuido a reproducir elementos de una cultura en común, como parte de su proyecto hegemónico, sobre todo relacionado con la nación y con la religión, pero por otro lado esa misma elite desarrollaba criterios de distinción (en el sentido de Bourdieu, 1991) basados en puntos de vista civilizatorios.

La cultura popular urbana se reproducía entre los sectores populares (aunque no exclusivamente entre ellos ya que otros sectores compartían algunos de sus códigos). Esa cultura era el resultado de la urbanización pero estaba, al mismo tiempo,

28 ANH/Q, Intendencia de Policía, 18 de junio de 1952.

29 En la sociedad contemporánea lo público está además marcado por la cultura del espectáculo.

estrechamente relacionada con un mundo originado en el campo. Lo que se dio desde finales del siglo XIX, pero sobre todo en la primera mitad del siglo XX, fue una creciente incorporación de esos sectores a consumos urbanos, que no por eso dejaban de ser consumos populares. Un ejemplo eran las rifas y loterías clandestinas percibidas como lugares donde se pierden los hijos de familia, los dependientes de comercio e industria, los sirvientes domésticos, y “en donde se reúnen las personas notoriamente vagas”³⁰. Aun cuando muchas veces se intentó prohibirlas éstas se siguieron organizando de manera abierta o clandestina. Hacía 1950 todavía se decía que las rifas y ruletas eran una costumbre arraigada en los quiteños³¹. Otro ejemplo, al que ya se ha hecho referencia, fue el desarrollo de productos populares, como calzado barato, adornos de barro, hojalata, madera, juguetería popular para celebrar la fiesta típicamente urbana de las Navidades.

Final

Este artículo contribuye a mirar desde otro ángulo las formas de funcionamiento de la sociedad quiteña en el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. El interés por los trajines callejeros, los oficios, los espacios de habitación y de trabajo populares, constituye una entrada distinta a la ciudad (aunque no por eso opuesta) a la planteada a partir del estudio de los dispositivos de poder y control urbano.

La ciudad en el siglo XIX dio cabida, a pesar del proyecto republicano de construcción de la nación desde arriba, a distintos órdenes y estamentos sociales. El carácter corporativo y al mismo tiempo jerárquico de la sociedad, se expresaba en el ceremonial, con la presencia de los oficios y cofradías, las organizaciones benéficas, las autoridades civiles y eclesiásticas, así como la participación de los indios y de la plebe urbana. Al mismo tiempo muchos de los espacios de la vida cotidiana daban lugar al flujo y al desorden callejero. Esto iría modificándose desde la segunda mitad del siglo XIX, pero sólo tomaría fuerza hacia las primeras décadas del siglo XX, cuando se profundizó el conflicto cultural en tono a la religiosidad, la fiesta y el uso popular de los espacios públicos. Un proceso parecido se había vivido en el siglo XVIII e inicios del XIX con las reformas borbónicas.

La vida popular urbana en los Andes se caracterizó, hasta avanzado el siglo XX (y en algunos lugares hasta hoy), por un fuerte sentido social. No sólo se vivía de cara

30 AH/AEP. Código Penal de 1872.

31 Diario “Ultimas Noticias”, 4 de diciembre de 1950, p. 15.

al público, sino que se participaba de una gran cantidad de actividades públicas. Las formas corporativas garantizaban la existencia social e individual. Se trataba de una suerte de economía moral, instituida a partir de los oficios y economías populares, las cofradías, los barrios. Lo que se fue imponiendo con la modernidad fueron criterios civilizatorios que se expresaron en el ordenamiento de los espacios, su diferenciación y domesticación en términos de planificación pero también de limpieza étnica.

La sociedad quiteña asistió a finales del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX a un complejo proceso de transición de lo que se ha denominado una ciudad patrimonial, o señorial, a la modernidad temprana. Los años liberales y post-liberales, incluida la década de 1930, constituyeron momentos importantes en ese tránsito.

Cuando hablo de modernización y de modernidad no me refiero tan sólo al proceso de modernización terrateniente y de fortalecimiento del capital comercial, que provocó cambios en los comportamientos de las elites, en la línea de la secularización (aunque sin modificar su esencia rentista), sino al desarrollo de un nuevo tipo de sectores subalternos urbanos, con características propias, que les iban diferenciando de los habitantes del campo y la vida rural.

Es cierto que desde los días mismos de la colonia existió una capa urbana ligada a los oficios y al mercado, pero tengo la sospecha de que sólo se puede hablar del apareamiento de capas populares con hábitos de vida, intereses y características plenamente urbanas a partir de esos años. Estamos hablando de un proceso más o menos largo de urbanización de la vida popular que avanzó hasta la segunda mitad del siglo pasado y que de alguna manera continúa reproduciéndose contemporáneamente en el seno de la población de origen rural que se va relacionando con la ciudad y con las formas de vida urbanas. No podemos perder de vista que todo proceso de *desidentificación* es, al mismo tiempo creativo y doloroso. Se trata de una diferenciación con respecto a un estilo de vida, unas estructuras de la sensibilidad y una historia en común a la vez que de producción de nuevas formas.

Algo de ese proceso de *desidentificación* constituido en el largo plazo hemos podido observar en una etnografía reciente. Al recorrer San Roque, un barrio predominantemente indígena formado alrededor del mercado popular más grande de Quito, nos encontramos con un rico espacio relacional, volcado a la calle. Se trata de un espacio urbano, claramente caracterizado, de flujo y circulación, entre el mundo indígena urbano y rural y el mundo popular urbano. Un lugar de fuertes intercambios materiales y simbólicos. Algo distinto a lo que sucede en el resto de la ciudad en donde las relaciones se han hecho a la vez amplias, difusas e impersonales.

“Podríamos decir que es un espacio de indígenas, de encuentros, un espacio de concentración del pueblo indígena que ha migrado... Un espacio en el que uno se ha sentido y se siente familiarizado a pesar de todas las cosas que se dicen de este sector, pero que a la final ha sido un espacio en donde se puede encontrar...”³².

Para los indígenas que han llegado a la ciudad, San Roque es un espacio hospitalario o que se percibe como hospitalario, aunque los ciudadanos (blanco mestizos) lo miren, por el contrario, como un sitio sucio y peligroso. Un lugar en el que es posible una relación cara a cara, entre iguales o que se pretenden iguales:

“Será porque está el mercado allí o no se por qué, pero todo este sector está poblado... es como un espacio de una comunidad en donde nos vemos las caras no sólo los fines de semana sino todos los días, si bajamos por allí, por San Roque siempre vamos a ver un indígena, siempre vamos a ver gente que está andando por allí, gente que está haciendo negocio por allí... por el mismo hecho del asentamiento indígena que se ha dado allí”.

En San Roque se ha concentrado un buen porcentaje de la población de las comunidades que ha migrado a la ciudad (especialmente de las provincias de Chimborazo y Cotopaxi), generando la sensación de estar en un espacio protegido que al mismo tiempo favorece la inserción en la urbe. En esto juega un papel fundamental el mercado.

“(...) Generalmente vivimos casi en todo este sector en el trayecto de San Roque, la Magdalena y la Cima de la Libertad (...) A la final toda la familia se ha concentrado ahí y eso a permitido que todos los días...como hacen el negocio, las ventas, bajan a San Roque y ahí se concentran...todos los indígenas. Podríamos decir que San Roque es un espacio donde por familias y por grupos, en diferentes lugares, se concentran por la mañana. Nosotros, por ejemplo, teníamos un sitio donde hacíamos carga, donde cogíamos la carga todas las mañanas y donde nos concentrábamos no sólo la familia, sino toda la comunidad que ha migrado por acá”

No se trata, en este caso, de una población campesina (aunque ese sea su origen) sino urbana y con vocación urbana, incluso cuando mantiene vínculos con su comunidad de origen. Al mismo tiempo, no se puede hablar de mestizaje en un sentido

32 Este texto y los que siguen son fragmentos de una entrevista a Juan Carlos N. inmigrante del Chimborazo. Realizada en San Roque en noviembre del 2008, dentro de la investigación Migrantes indígenas en Quito, desarrollada con el auspicio de FLACSO y la Fundación Heifer.

clásico, sino de una población que siendo indígena y reconociéndose, en la mayoría de los casos, como indígena, está interesada en serlo de otro modo, constituyéndose (a su modo) como sujetos modernos.

Bibliografía

- BAKTIN, M. (1988) *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, Madrid: Alianza Editorial.
- BOURDIEU, P. (1991) *La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Barcelona: Taurus.
- BURBANO D. (1937) "Higiene Industrial", en *Anales de la Universidad Central* N. 302, Tomo LIX.
- CAPELLO, E. (2004) "Hispanismo casero: la invención del Quito hispano", en *Procesos, Revista Ecuatoriana de Ciencias Sociales*, No. 20, II semestre 2003, Semestre 2004, Quito: 55-78.
- DE LA CADENA, M. (2004) *Indígenas mestizos. Raza y cultura en el Cuzco*, Echeverría, Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ECHEVERRÍA, B. (1994) "El Ethos Barroco", en ECHEVERRÍA, B. (comp) *Modernidad, Mestizaje Cultural, Ethos Barroco*, México: UNAM.
- ESPINOZA TAMAYO, L. (1930) "Contribución al estudio químico e higiénico de la leche, carnes, pescados, pan y huevos, que se consumen en la ciudad de Guayaquil", en *Memorias del II Congreso Médico Ecuatoriano*, reunido en Guayaquil de 9 al 12 de Octubre de 1930, Guayaquil: Imprenta la Reforma.
- GOETSCHER, A.M. (2007) *Educación de las mujeres, maestras y esferas públicas. Quito en la primera mitad del siglo XX*, Quito: FLACSO
- GUERRERO, A. (1991) *La Semántica de la Dominación: el Concertaje de Indios*, Quito: Ediciones Libri-Mundi.
- 1994 "Una imagen ventrilocua: el discurso liberal de la desgraciada raza indígena afines del siglo XIX, en Blanca Muratorio (editora), *Imágenes e Imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos, Siglos XIX y XX*, Quito: FLACSO: 197 – 252.
- KINGMAN GARCÉS, E. (2006) *La Ciudad y los Otros, Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*, Quito: FLACSO.
- KRETUER, M-L. (1997) *¿Dónde queda el Ecuador? Exilio en un país desconocido desde 1938 hasta finales de los años cincuenta*, Quito: Abya Yala

- LUNA, M. (1989) *Historia y conciencia popular, El artesanado en Quito*, Quito: Corporación Editora Nacional.
- PAZ y MIÑO, T. (1961) *Apuntes para la geografía urbana de Quito*, Quito, Imprenta Municipal.

Archivos consultados

- AB/AEP. Archivo Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit
- ANH/Q. Archivo Nacional de Historia, Quito
- AHM/Q. Archivo Histórico Municipal, Quito
- APL/Q. Archivo del Palacio Legislativo, Quito

Resumen

El objetivo de este artículo es analizar el proceso de constitución de los sectores populares urbanos como sectores modernos en el contexto poscolonial de los Andes. Aún cuando el Quito del siglo XIX e inicios del siglo XX estaba fuertemente condicionada por el imaginario de la separación y por un sistema estamental y jerárquico, la lógica a partir de la cual se organizaba la vida cotidiana, era muchas veces la de la yuxtaposición de distintos órdenes sociales. En ese contexto los propios aparatos burocráticos del estado estaban poco desarrollados de modo que el gobierno de las poblaciones pasaba por una red de relaciones personalizadas, que al mismo tiempo que reproducían las separaciones promovían la hibridación. Pese a los esfuerzos civilizatorios del estado y la iglesia, desarrollados desde la segunda mitad del siglo XIX y orientados a generar procesos de distinción, la cultura popular siguió teniendo un peso significativo en la vida cotidiana hasta avanzado el siglo XX. Antes que de una “modernidad barroca”, resultado de un “encuentro civilizatorio” deberíamos hablar de un “barroco popular” paralelo o yuxtapuesto a las formas de cultura seria del estado, la iglesia y las elites.

Abstract

The main goal of this paper is to analyze the process through which the urban lower classes were constituted as modern in the context of postcolonial Andean society.

The Quito of the 19th century and early 20th century was heavily conditioned by an imaginary based on social separation and hierarchy, but the logic that organized everyday life was grounded in the juxtaposition of diverse social orders. In this context the bureaucratic apparatus of the state was poorly developed, and government was based on a network of personal relations that promoted, paradoxically, both the reproduction of separation and hybridization. Despite the efforts of both church and state to generate processes of social distinction, popular culture continued to have a significant influence on everyday life until well into the 20th century. Rather than a “Baroque modernity” resulting from a “civilizational encounter,” it would be more accurate to speak of a “popular Baroque” parallel or juxtaposed to the high cultural forms identified with the state, the church, and the elites.